

narle y sofocar su indignación. En otro lugar, la situación sería algo más grave; no habría más remedio que hacerlo a la vista de quienes fueran, aunque ya me cuidó yo de ir a lugares en donde sepan de mis condiciones y las respeten. De todos modos, aun considerando que, en rigor, no es nada indecoroso, por las exenciones que goza mi jerarquía, sufriría mi pudor y me llevaría un disgusto. Bien sé que a otros les ha ocurrido un accidente parecido y no se han afectado en absoluto, les protegía su derecho; en alguna ocasión han obrado acertadamente cubriéndose la cara con un pañuelo, y nada más. Claro está, no hay que olvidar que una imprudencia puede costar cara, ha de saberse si se camina sobre terreno firme y si están conjurados todos los peligros: ya se tendrá memoria de aquellos desgraciados que al hacerlo en una plaza pública hallaron la muerte a manos vengativas, bajo las más atroces acusaciones y tormentos: «¡Acaparadores! ¡Carcoma de los pobres! ¡Saltadle ojos y oídos!» Personas aquellas que no supieron prevenirse y recibieron la lección que no aprovecha, la muerte más ignominiosa; ellos mismos los responsables; ¿qué les llamaba fuera de su centro, en donde nada les faltaba a cubrir la menor necesidad? De mí tienen la compasión, pero encuentro lógico aquel final, provocado por descuidar las más esenciales prácticas a que el dueño de un «almacén» está obligado; no ha de vivirse en la impunidad, toda felicidad está condicionada. No son alardes míos; conozco mis flaquezas, aunque también me percate de algunas excelencias con que me veo favorecido, y éstas son las de un conocimiento de mis límites y el buen aprecio de mis bienes, los cuales consumo con delectación que no encuentra palabras para expresarse. En todo soy parecido a mi padre, que, asimismo, era carácter juicioso y realista. La poca violencia de mi desarrollo en el regazo de una familia cálida y compacta, regida con la mejor política monopolista, habrá sido muy favorable a la creación de este humor. «Tú almacenarás, tú contarás con un «depósito» como nosotros hemos gozado», se me decía desde las cuatro esquinas de la casa; «nosotros te ayudaremos». ¡Queridos ancianos!; ocho eran los componentes de aquel clán que se agrupaba para verme ligar mis primeros vacilantes pasos, y ya todos han muerto; sus inanimados envoltorios son mi compañía junto con los bienes que al fin cubren copiosamente mis estantes. ¡Hhhh! Mi «almacén» es poco más o menos como todos los almacenes: armarios, anaqueles, tinas, orzas, paquetes y valijas; en el centro, el vertedero de cómodo asiento en donde se gozan los letargos; y sin embargo su vulgaridad es mi paraíso. Con tiento impaciente violo aquellas cerraduras, desecho pestillos y franqueo la puerta entre palpitaciones y extertores que dulcemente me dañan. Luego, seguramente cerrado por dentro, hago la selección y el acopio y sobre el cómodo vertedero voy despaciosamente ingiriendo. Por temor a los incendios permanezco a oscuras, pues cualquier chispa en la instalación pudiera provocar un desastre. Si es de día, la luz que consigue atravesar la lucera solo destaca muy fugaces calidades; todo lo cubre la sombra que a trechos muy distantes revela un cuerpo y hay que aguzar la vista y valerse de inteligentes inducciones para conocerlo. Por eso aprovecho una hora del día para hacer el acopio, no me resulte fatal un tropezón. Luego... el descuido y el goce absoluto: Miel, cebollas, dátiles, almendras, gamo confitado, azúcar y vinagre; todo cuanto un hombre de buena procedencia necesita para su manutención; ¿qué más pedir? A lo último, bajo el letargo digestivo, se sueña con colas de pavo real y paisajes de imaginación; la miel cae desplegándose suavemente y endulza todo el ámbito del cuerpo, excluyéndose por el extremo y pasando a untar la tierra; el vinagre limpia desde las caries todo lo secreto que guardamos y luego gotea con matizada sensación; y el gamo, y los dátiles... ¡.....! ¡.....

Nada parece mejor que una honrada sensatez.

Madrid, 12 de enero de 1951.

Francisco NIEVA